

Puedo decir que el otro está equivocado de varias maneras “agresivas”: con prisas, con insultos, con ironías, con revanchismo, con prepotencia.

Nos damos cuenta, en seguida, de que esas maneras no facilitan el diálogo, hieren a quien nos escucha, estropean el clima en cualquier debate.

Existen otras maneras para mostrar el error del otro: con paciencia, con calma, con prudencia, con tacto, con cariño, con humildad.

Pensemos una conversación sencilla: una persona fue asesinada ante las cámaras. Las imágenes corren como pólvora. En seguida, alguno afirma, sin ninguna prudencia y contra toda justicia, que esa persona merecía morir.

Reaccionamos, naturalmente, con rabia. ¿Cómo es posible una afirmación tan grave ante el hecho del asesinato de una persona concreta, sea quien sea?

Podemos responder con un golpe duro, con ironía, con desprecio. Incluso pensamos en acusar a nuestro interlocutor de falta de sentido común y de odios irracionales.

Pero podemos también abrir espacios para comprender los motivos de su terrible afirmación. ¿Se trata de diferencias políticas? ¿Hay rencores escondidos en su corazón? ¿Ha dicho palabras sin darse cuenta, de verdad, de lo que decía?

A la hora de confrontarnos, no solo en temas tan puntuales, sino en otros que surgen desde visiones éticas muy diferentes, vale la pena el esfuerzo por comprender la posición de quien nos habla, y por ofrecerle nuestras ideas de modo sereno y respetuoso.

Habrá momentos en los que la sangre bullirá, como cuando escuchamos a uno que afirma que personas inocentes de un territorio concreto merecen sufrir porque sus antepasados cometieron injusticias.

Pero si aprendemos a pensar bien nuestra réplica, y si conseguimos decirla con tacto, tal vez ayudemos a nuestro interlocutor a reconocer lo absurdo de sus afirmaciones y a caminar, juntos, hacia mejores maneras de ver y de juzgar asuntos difíciles, sobre todo cuando está en juego el respeto a la dignidad y a los derechos de otras personas.